

Cuadernos del Sur

Año 14 - Nº 26

Abril de 1998

Tierra  fuego
del

¡Qué *spot*, compañero Marx!

Umberto Eco

No se puede sostener que algunas bellas páginas puedan, ellas solas, cambiar el mundo. Toda la obra del Dante no alcanzó para restituir un Emperador Sacro Romano a las Comunas italianas. Sin embargo, en la rememoración de tal texto, como lo fue el *Manifiesto del Partido Comunista*, publicado por Marx y Engels en 1848, y que por cierto ha influido ampliamente en las vicisitudes de dos siglos, creo que es necesario releerlo desde el punto de vista de su calidad literaria, o por lo menos de su extraordinaria estructura retórico-argumental.

En 1971 se publicó un libro de un autor venezolano, Ludovico Silva, *El estilo literario de Marx*, que posteriormente fue traducido por Bompiani en 1973. Me temo que actualmente sea inhallable, y valdría la pena reimprimirlo. Rehaciendo también la historia de la formación literaria de Marx (pocos saben que también había escrito poesías, aunque, al decir de los que las leyeron, eran pésimas), Silva analizó minuciosamente toda la obra marxiana. Curiosamente, dedicó solamente unas pocas líneas al *Manifiesto*, quizás porque no era una obra estrictamente



tamente personal. Es una lástima: se trata de un texto formidable, que sabe alternar los tonos apocalípticos y la ironía, consignas eficaces y explicaciones claras, y que (si la sociedad

capitalista quiere intentar vengarse de las molestias que esas pocas páginas le han acarreado) debería ser religiosamente analizado aún hoy en las escuelas para publicitarios.

Por favor, leanlo nuevamente. Comienza con un formidable golpe de timbal, como la Quinta de Beethoven: «Un fantasma recorre Europa» (y no olvidamos que estamos todavía cercanos al florecimiento prerromántico y romántico de la novela gótica, y los fantasmas son entes que deben ser tomados en serio). Inmediatamente a continuación hace, a vuelo de pájaro, una historia de las luchas sociales desde la Roma antigua hasta el nacimiento y desarrollo de la burguesía, y las páginas dedicadas a las conquistas de esta nueva clase «revolucionaria» constituyen un poema fundacional —todavía útil hoy— para los partidarios del liberalismo. Se ve (quiero precisamente decir «se ve» en una forma casi cinematográfica) a esta nueva fuerza imparable que, empu-

jada por la necesidad de nuevas salidas para sus propias mercaderías, recorre todo el globo terráqueo (y, en mi opinión, aquí el Marx hebreo y mesiá-nico está pensando en el comienzo del Génesis), trastorna y transforma países remotos porque los bajos precios de sus productos son la artillería pesada con la cual derriba todas las murallas chinas y hace capitular a los bárbaros más endurecidos en el odio a lo extranjero, instauro y desarrolla la ciudad como signo y fundamento de su propio poder, se multinacionaliza, se globaliza, hasta inventa una literatura que ya no es más nacional sino mundial...

Al final de este elogio (que seduce en cuanto revela una sincera admiración) aparece una voltereta dramática: el hechicero se halla impotente para dominar las fuerzas subterráneas que ha invocado, el vencedor queda sofocado por su propia sobreproducción, se ve obligado a generar en su propio seno, a hacer surgir de sus propias vísceras a sus propios sepultureros, los proletarios.

Entra ahora en escena esta nueva fuerza que, inicialmente dividida y confusa, se destempla en la destrucción de las máquinas, es usada por la burguesía como grupo de choque forzado a combatir a los enemigos de su propio enemigo (las monarquías absolutas, la propiedad territorial, los pequeños burgueses),

y que progresivamente absorbe a parte de los propios adversarios que la burguesía proletariza, como los artesanos, los negociantes, los propietarios rurales. La insurrección se vuelve lucha organizada, los obreros entran en contacto recíproco a partir de otro poder que los burgueses han desarrollado para su propio provecho: las comunicaciones. Y aquí el *Manifiesto* cita a las vías férreas, pero también piensa en las nuevas comunicaciones de masas (y no olvidamos que Marx y Engels en *La Sagrada Familia* habían sabido usar a la televisión de la época, las novelas por entregas, como modelo del imaginario colectivo, y le criticaban la ideología usando el lenguaje y las situaciones que ellas había hecho populares).

En este punto entran en escena los comunistas. Antes de decir en forma programática qué son y qué quieren, el *Manifiesto* (en una soberbia movida retórica) se pone en el punto de vista de los burgueses que los temen, y plantea algunas preguntas aterrorizadas: ¿pero vosotros queréis abolir la propiedad? ¿Queréis compartir las mujeres? ¿Queréis destruir la religión, la patria, la familia?

Aquí el juego se vuelve sutil, porque a todas estas preguntas el *Manifiesto* parece responder en forma tranquilizadora, como para ablandar al adversario. Después, en una movida repentina, lo golpea en pleno

plexo, y obtiene el aplauso del público proletario... ¿Queremos abolir la propiedad? Pero no, las relaciones de propiedad siempre han sido sujeto de transformaciones, ¿o acaso la revolución francesa no abolió la propiedad feudal en beneficio de la burguesa? ¿Queremos abolir la propiedad privada? Pero qué tontería, ella no existe, porque es la propiedad de un décimo de la población en perjuicio de los otros nueve décimos. ¿Quién nos acusaría entonces de que estamos queriendo abolir «vuestra» propiedad? Y sí, eso es exactamente lo que queremos hacer.

¿Compartir las mujeres? Más vale, nosotros queremos quitarle a la mujer el carácter de instrumento de producción. ¿Pero queréis poner a todas las mujeres en común? La comunidad de las mujeres la habéis inventado vosotros, que además de usar a vuestras mujeres os aprovecháis de las de los obreros y como supremo pasatiempo practicais el arte de seducir a las de vuestros pares. ¿Destruir la patria? Por el contrario, nosotros queremos que triunfando se conviertan en naciones.

Dos consignas memorables

Y así siguiendo, hasta esa obra maestra de reticencia que es la respuesta sobre la religión. Se intuye que la respuesta es «queremos destruir la

religión» pero el texto no lo dice: mientras aborda un argumento tan delicado insinúa, deja entender, que todas las transformaciones tienen un precio, pero que, en fin, mejor no abrir bruscamente temas tan candentes.

A continuación la parte más doctrinaria, el programa del movimiento, la crítica a los diversos socialismos, pero a esta altura el lector ya está seducido por las páginas precedentes. Y si en fin la parte programática resulta demasiado difícil, he aquí un acorde final, dos consignas que quitan el aliento, fáciles, memorizables, destinadas (me parece) a tener un éxito estrepitoso: «Los proletarios no tienen nada que perder (...) salvo sus cadenas» y «¡Proletarios de todos los países, uníos!».

Además de la capacidad verdaderamente poética de inventar metáforas memorables, el *Manifiesto* perdura como una obra maestra de la oratoria política (y no sólo eso), y debería ser estudiado en la escuela junto con las Catilinarias y con el discurso shakespeariano de Marco Antonio sobre el cadáver de Julio César. También porque, dada la buena cultura clásica de Marx, no es de excluir que él haya tenido presentes precisamente a estos textos.

Roma, enero de 1998.